

bemos que las casas de modas y los artistas tienen modelos femeninos y a nadie se les ocurre llamarles *modelas*.

Visto el ejemplo provenzal, recordemos el italiano, que se refiere a la otra vocal que tenemos en pleito: la *a* a la que en lo subconsciente incardinamos en el femenino, lo que nos ha hecho siempre ver una mujer detrás de un nombre con *a* final. Yo mismo creía que Aminta era una pastora, hasta que tuve en mi poder la edición de París, con el original italiano (año VII republicano, 1800). En la favole boscherec-

cia, como dice la portada, la dama es Silvia, y el *damo* o pastor, Aminta que se suicida y todo; claro, que de mentirijillas.

Realmente esto no debiera extrañarnos, de que haya masculinos con *a*, puesto que tenemos los sufijos *ma* y *ta* (poema, teorema, poeta, anacoreta).

Como curiosidad, recordaré que en los géneros hay cambios raros en ciertas localidades. Si quisiéramos buscar tres pies al gato y dar trabajo a los filólogos, les preguntaríamos si eso de decir cabros a las cabras y, creo, gallinos a las galli-

nas, es un enclave provenzal en Cuenca, pero acaso, después de sudar un rato, ya que no es fácil que cayera un trovador en tan áspera sierra, me dijeran que no es lo mismo, que me fijara en que lleva al artículo en concordancia masculina.

Para terminar, concretaré los tres puntos antes citados recordando las ideas básicas que me han movido a escribir estas letras. La primera es el poco valor significativo del género gramatical frente a la realidad biológica. En segundo lugar, me ocuparé de insistir en

dónde radican estos errores y, por último, me interesaré un poco por la vitalidad de la palabra *modisto*.

A lo primero, lealmente pienso que, el intento de que el género gramatical represente la función biológica, es hoy un completo fracaso. Los géneros gramaticales son, en gran parte, un aspecto arqueológico de las lenguas. Los idiomas se crearon en épocas prehistóricas en que la mente humana asignaba función reproductora a los que seres que les interesaban, animados o no, dejando en género neutro a los que no sabían o no les interesaba saber cómo actuaban. No olvidemos que «child» (niño) es neutro en inglés y, también, caballo en alemán. En los propios animales de biología clara, el género en muchos casos es algo literario o erudito. La cigüeña se empleará siempre en femenino, aunque Don José Zorrilla, en «La siesta», nos recuerde el «cigüeño». El lagarto será señor y la lagartija, señorita, pese a que García Lorca hable de la lagarta.

Por todo esto, puede verse que el género en el nombre y, más aún en el adjetivo, en donde es casi pura ficción, sólo tiene en los más casos un valor estructural para la concordancia, dando posibilidades de acordes fonéticos más que ser un claro exponente de una realidad biológica, cosa que hoy sabemos que sería prácticamente imposible, vista la complejidad de los seres respecto a la función reproductora en la naturaleza.

Por eso, el concepto actual de género gramatical es un recuerdo de los tiempos míticos en que los ob-

jetos se creían con vida. Hoy en español como en los demás idiomas, el género, salvo en los casos muy claros y no siempre, no es designativo, sino atribuido. Veamos: este hombre (masculino) es buena persona (femenino).

Tiene pues, un valor gramatical estructural en la sintaxis más que otra cosa. (Una pregunta que siempre me viene a la mente es saber por qué trípode es masculino y singular y, trébedes, femenino y plural, siendo la misma palabra transformada).

Para finalizar, veamos un poco la futura vitalidad de la palabra *modisto*. Creemos que se conservará por haberle acogido la tendencia popular de dar variabilidad de género a las palabras. El estar ya en su uso, el convenir su resalte, tanto al cliente como al productor,

hará que quede como un enclave entre el grupo de formas en *ista*. El aumento o disminución de su uso dependería del interés que tengan los profesionales en conservarlo o no mediante anuncios, etiquetas, muestras, etc. Si quieren acogerse a lo gramatical y si se dan cuenta de que la aceptación, más que dato aristocrático, es una forma anormal que huele a lo popular, y se percatan de que es variante de suburbio y de nuevo rico, su uso se restringirá bastante.

Esto es, poco más o menos, cuanto puedo decir, contestando extra-cátedra a esta duda. Si alguien quiere saber más, que lo busque en los libros, o que se vaya a Salamanca la que, desde que Primo de Rivera hizo el ramal Avila-Peñaranda, tiene las comunicaciones más fáciles.

